

ILUSTRACION ARTISTICA



AÑO IV BARCELONA 23 NOVIEMBRE DE 1885 N.º 204

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS. —...V NACIÓ LOPE DE VEGA, por don Luis Mariano de Larra.—EL TORRENTE DEL DIABLO, por doña Josefa Pujol de Collado.—PATRIA Y REV, por don Antonio J. Lorenzo. — TELEGRAFÍA Y TELEFONÍA SIMULTÁNEAS EN BÉLGICA.

GRABADOS: EL TEATRO *La Caridad* DE SANTA CLARA (*Isla de Cuba*), proyectado y dirigido por el ingeniero D. Herminio C. Leyva.—HORAS PLÁCIDAS DE LA MAÑANA, cuadro por Canuto Etwall.—LOS RIVALES, dibujo por Perey Tarrant.—CABEZA DE ESTUDIO, reproducida por el sistema Meisenbach.—EL DJERID, dibujo original de P. M.—JITANO ESQUILADOR, apunte de J. Marqués.—MA-

RINA, por F. Gimeno.—APARATOS PARA TELEGRAFÍA Y TELEFONÍA SIMULTÁNEAS: *Estacion telefónica Van Rysselberghe*.—Aspecto de una estacion telegráfica provista de preparadores anti-inductivos, de M. Van Rysselberghe.—Disposicion de los trasmisores Van Rysselberghe en los postes del kiosko de Vauxhall, en Bruselas.—Estacion telefónica Van Rysselberghe (modelo de pupitre).

ANTILLAS ESPAÑOLAS



SANTA CLARA (Isla de Cuba). Exterior del teatro «LA CARIDAD» inaugurado el 8 de setiembre último, proyectado y dirigido por el ingeniero D. Herminio C. Leyva.



NUESTROS GRABADOS

EL TEATRO «LA CARIDAD» DE SANTA CLARA

Es Santa Clara un pequeño paraíso de la isla cubana y, como ocurre en todo paraíso, tiene, que sepamos, un ángel que lo habita. Este ángel es doña Marta Abreu de Estévez. Dios ha sido asaz generoso con ella: la ha dotado de una gran fortuna, que es mucho, y de un gran corazón, que es mucho más.

Marta Abreu, con exquisita delicadeza de sentimiento, ha comprendido que la más cumplida satisfacción del rico es hacerse digno de las bendiciones del pobre, y que quien siembra elementos de progreso y de bienestar general en la tierra, cosecha amor de Dios en la gloria. Y así, Santa Clara, su pueblo natal y morada, la debe, entre otras muchas cosas buenas, el asilo de beneficencia, la escuela, y últimamente el teatro. ¡Qué mucho que sus conciudadanos acuñen medallas en su obsequio y que todas las miradas hayan convergido hacia ella en un momento dado, como convergerían a la diosa de la Caridad, si la Caridad bajara a este mundo!...

El teatro de Santa Clara, cuya fachada reproducimos en el presente número, ha sido proyectado, dirigido y ejecutado por el distinguido ingeniero don Herminio C. Leyva, quien, sin concretarse a orden alguno arquitectónico, ha conciliado la severidad con la elegancia, presentando un conjunto sumamente agradable.

El día de la inauguración del nuevo teatro hubo en la población verdadera fiesta general, un triunfo para los artistas que colaboraron en aquella y una merecida apoteosis para su generosa donadora. Y en verdad se concibe que un pueblo ilustrado celebrase dignamente el estreno de una obra que es, a un tiempo mismo, monumento del arte y templo de la Caridad.

HORAS PLÁCIDAS DE LA MAÑANA, cuadro por Canuto Etwall

No es solamente Wagner quien compone trilogías: el autor del cuadro que reproducimos ha hecho sobre la tela lo que el célebre compositor sobre el pentágono.

Para comprender la intención del artista en esta obra, es preciso saber que su autor es la antítesis de esos desgraciados genios que emplean sus facultades literarias ó artísticas en desacreditar ó poner en ridículo el matrimonio.

Etwall empieza por ser un modelo de casados: su hogar, su taller mismo, es un santuario dedicado a la familia. Padre de numerosa prole, goza entre sus hijos de las más puras delicias: no es de extrañar, por lo tanto, que su pincel se dedique a reproducir esa felicidad, para estímulo de refractarios y corrección de incrédulos. Etwall es un moralista en toda la extensión de la palabra.

Empeñado en hacer propaganda matrimonial, ha pintado lo que él llama también su trilogía, es decir, tres cuadros que constituyen el poema de la felicidad íntima y honesta. El primero de esos cuadros es la apoteosis de la *prometida*; el segundo lo es de la *desposada*; el tercero (el cuadro que reproducimos) lo es de la *jóven madre*. Y en verdad que, a la vista de esa escena tan sencilla, tan simpática, tan expresiva, el más recalcitrante flaquea y se siente inclinado a crear un nido por el estilo; que podrá ser no tan suntuoso, no tan elegante, no tan artístico; pero que será igualmente bello, siempre que en él se respire ambiente de felicidad conyugal y de amor de madre.

¡Bien por Etwall!... Es campeón esforzado de una noble causa... ¡Un aplauso al artista!... ¡Un doble aplauso al filósofo!...

LOS RIVALES, dibujo por Perey Tarrant

No se necesita ser muy práctico en bellas artes para conocer que ese dibujo es de procedencia inglesa. Los hijos de la Gran Bretaña tienen un criterio igual para todas sus producciones; ejecutar matemáticamente. Así resulta que son irreprochables dibujantes, que sus composiciones no carecen a veces de ingenio y aun de poesía; pero que generalmente adolecen de cierta frialdad que desencanta, de cierta falta de vigor que neutraliza el efecto de las líneas mejor combinadas.

En el grabado que publicamos no puede negarse que domina una idea ingeniosa: dos galanes, que aspiran a una misma damisela, se encuentran a solas con esta en una gira: la debatida jóven se sale del paso haciendo que las seis manos de los circunstantes empuñen un bastón ferrado de viaje. Con lo cual el nivel de su confianza es común para todos; y aun cuando los pretendientes parecen medir por milímetros la distancia que separa su mano de la mano de la jóven, ésta, por más que aparente estar distraída, guarda una neutralidad verdaderamente diplomática.

El grupo no está mal combinado; la expresión de los personajes es recomendable, sobre todo en lo que toca a la mirada de cada uno, que revela perfectamente la intención de todos. A pesar de lo cual...

A pesar de lo cual... ¿qué sé yo?... ¡Es un grupo muy inglés!...

APUNTES, BOCETOS Y ESTUDIOS

Los amantes del arte dan grande importancia a esta clase de trabajos, en los cuales se revela, bien la facilidad, bien el certero golpe de vista, bien la profundidad de un autor. El apunte es una simple memoria; generalmente no pasa de material acopiado para utilizarlo en su día; el boceto no es el cuadro, pero algunas veces tiene condiciones de espontaneidad y de vigor superiores a las del cuadro mismo que de él resulta; el estudio es una especie

de ejercicio previo en que el pintor mide sus fuerzas, bien así como, en víspera de un duelo, los campeones prueban su destreza en las armas y se aseguran de sus recursos propios.

Los cuatro dibujos que reproducimos explican nuestra manera de considerar esas diversas facturas del arte; por ejemplo, no puede confundirse el apunte del gitano con la cabeza de estudio del religioso; por más que una y otra manifestación revelen el mérito de sus autores.

.... Y NACIÓ LOPE DE VEGA

CUENTO HISTÓRICO

I

Hay en España, aunque les parezca mentira a los desgraciados que pasan su vida entre los rigores de un clima eternamente desapacible, comarcas encantadoras arrulladas por la brisa perfumada de una continua primavera. No es esto decir que no se sufran en ellas alguna que otra vez, pero siempre de tarde en tarde, los vientos del otoño ó las escarchas del invierno; pero esos cambios bruscos de temperatura que elevan ó descienden la columna barométrica en diez ó doce grados en un mismo día, son completamente desconocidos. Tanto peor para médicos y enterradores que tanto prosperan en tierras de Castilla.

Una de las comarcas, pues, más favorecidas del cielo en nuestra Península, es, sin discusión, el bello país de Asturias. En su vertiente septentrional existe el valle de Carriedo, donde parece que se han reunido a porfía todas las maravillas de la naturaleza. Aromática y exuberante vegetación: rocas que pintan sus elevadas crestas con todos los colores del prisma en las horas crepusculares: selvas vírgenes: «torrentes espumosos que se precipitan desde las cimas de las montañas como cascadas artificiales: jardines sin cultivo suspendidos para el placer de la vista fuera del alcance de las manos: caminos fantásticos que parecen escalas dirigidas hacia las nubes, frecuentes únicamente por la curva de los montes, ó los osos de sus cavernas: nada falta a aquel paisaje verdaderamente maravilloso para formar uno de los cuadros más encantadores que puedan idearse.»

Así lo describe un entusiasta, y así adoptamos como nuestra la descripción, después de haber visitado no hace muchos años aquel paraíso indescriptible.

La villa de la Vega colocada en el centro de aquel admirable anfiteatro, poseía en el siglo XVI un antiguo castillo, cuyas almenas, restos indudables de la reconquista, servían de azotea para gozar de aquel delicioso panorama.

Un autor desconocido, cronista ignorado de esta verídica historia, y al cual dejamos la responsabilidad del cuento, lo comienza del modo siguiente:

En una templada tarde del mes de febrero de 1562 se veía a alguna distancia del castillo un caballero que a paso corto subía una cuesta escarpada que terminaba en un verdadero terraplen dominado por el campanario de una ermita. Esta ermita era la de Nuestra Señora de la Vega, patrona venerada, cuya festividad acababa de celebrarse. Las campanas anunciaban la conclusión del último oficio del día, y los piadosos montañeses regresaban a sus casas haciendo resonar sus cánticos. El caballero era don Félix de ***, dueño y señor del solar y de los cortijos que formaban la mayor parte de la villa que se honraba con su nombre. Habitante de aquel país desde su nacimiento, había crecido, prosperado y vivido sin conocer un solo momento de desgracia ó de melancolía; y la jóven asturiana que completaba su felicidad, acaso no tuviera en toda España quien la igualase en belleza, en gracia ni en ternura. Pero hacía quince días que por la primera vez, después de cinco años de matrimonio, la hermosa doña Francisca Fernández del Carpio se hallaba ausente de su noble esposo, y hé ahí por qué don Félix de la Vega, como digno y buen marido español, vivía fatigado en medio de todas sus prosperidades. Es cierto que, a excepción de las bellezas naturales, el título de señor asturiano ofrecía a su viudez muy pocas distracciones. En busca de estas, y como maquinalmente, paseaba en la campiña a aquellas horas, y la oración que con tal motivo dirigió al Ángel de su guarda, no fué escuchada sino por el genio del mal.

Es, pues, el caso, que entre una turba de aldeanos encolerizados y dando alaridos espantosos, vió nuestro don Félix a una pobre jóven con un niño bellísimo en los brazos, que intentaba penetrar en la ermita. Oponiéndose a ello hombres y mujeres del pueblo, llenando de improperios y denuosos a la jóven, y tal vez las cosas hubieran llegado a mayores si no se hubiera acercado al grupo tumultuoso nuestro don Félix, y si no hubiese aparecido al mismo tiempo en los umbrales de la ermita un sacerdote de cabellos blancos y aspecto venerable.

—¿Qué os ocurre?—preguntó el caballero.—¿Por qué insultais, amenazados, a esa pobre mujer? ¿Qué delito ha cometido ó de qué crimen la acusais, sin respetar al niño que lleva en sus brazos?

—Es una perra gitana, una judía,—clamó la multitud con roncas voces;—y el santuario no está abierto para que penetren en él condenados! ¡Fuera la bruja! ¡Váyase lejos del pueblo la excomulgada!

—No soy lo uno ni lo otro,—contestó la pobre mujer vertiendo un mar de lágrimas.—Si mi marido es gitano,

de lo cual no tengo yo culpa alguna, yo soy española católica como vosotros, y no hay ley ni razón que me impida entrar en vuestra iglesia, que es también mía, para suplicar al señor cura dé el agua del bautismo a este pobre hijo mio que llevo en mis brazos.

—¡Fuera! ¡fuera!—gritaron los aldeanos con más furia, cuando oyeron las palabras de la pobre mujer.—¡Vuélvete a tu cueva y haz bendecir a tu hijo por Satanás, pícaro bruja!

Retrocedió espantada la mujer; apartó con su mano el caballero a los que se acercaron a ella para arrojarla de allí, y avanzó algunos pasos el sacerdote, colocándose entre los amotinados y su víctima.

—¿Quién sois? ¿de dónde venis, hija mía?—la preguntó con dulzura.

—Soy Juana Valdés, mujer de un gitano errante en este país. Mi marido no es cristiano: pero yo no he dejado de serlo un solo momento, y vengo a ofrecer a Dios este hijo que he dado a luz hace veinte días.

—Aun cuando no fuerais cristiana,—contestó el sacerdote,—vuestro hijo tendría derecho a serlo, pues así lo deseais, porque las puertas del bautismo están abiertas para todas las criaturas de Dios.

Acto continuo y después de reconvenir severamente a los montañeses por su exagerado celo católico con ribetes de falta de caridad, les declaró que el único medio de agradar a Dios era bendecir ellos mismos al niño a quien acababan de maldecir.

—Escoged entre vosotros,—continuó,—un padrino y una madrina...

No bien acababa el anciano de pronunciar estas palabras, cuando los aldeanos, no muy contentos con la reprensión, y no muy inteligentes en materias ortodoxas, le volvieron la espalda refunfuñando y se alejaron de allí con no muy pacíficas intenciones.

—¿Qué es esto?—les dijo el cura,—¿os vais todos? ¿No quedará uno solo para avergonzar a los demás? ¿No hay una mujer, una madre que se apiade de su hermana en Jesucristo?...

Dice mi cronista, que en el momento en que acababa de pronunciarse este caritativo llamamiento sin hacer volver una sola cabeza, una señora que llegaba a caballo por el lado opuesto al en que se hallaba don Félix, echó prontamente pié a tierra ante el sacerdote diciendo: «Yo seré la madrina de ese niño.»

—Y yo el padrino,—añadió don Félix imitando a su desconocida.

Entraron inmediatamente en la ermita: el cura hizo tocar a vuelo las campanas y el niño Félix Pablo Valdés fué debida y solemnemente bautizado, é inscrito su nombre en el registro parroquial de Nuestra Señora de la Vega a par del noble hidalgo don Félix y del de doña Paula de Montes. La bellísima *comadre* aceptó un banquete ofrecido por don Félix en su obsequio, que se celebró al día siguiente con una suntuosidad inusitada y durante el cual pudieron observar los hidalgos de la comarca, el señor cura y todos los asistentes, la obsequiosa galantería del ilustre caballero para con la dama de los ojos negros y las manos de marfil. Cuando llegó la noche, quedó solo en el castillo nuestro buen don Félix, y hay quien asegura que abrazó a sus tres hijos con una distracción inusitada y se retiró a su alcoba pensativo, olvidándose de contestar a la última carta de su esposa.

II

Era la marquesa de la Puebla de los Montes una gran señora de Madrid, viuda y libre hacia algunos meses, que llegaba a aquel rincón de Asturias para recoger en Oviedo unos papeles concernientes a la herencia de su esposo. Acompañóla don Félix galantemente hasta la triste capital de Asturias, y siguióla después hasta la corte según dicen malas lenguas, perdidamente enamorado.

Y es de advertir que la hermosa Francisca Fernández del Carpio era extremadamente celosa. Separóse de su esposo haciendo un viaje indispensable para asuntos de familia, no sin temer alguna ligerilla inconstancia, pero ¡cuál sería su sorpresa y su terror, cuando, al pisar su castillo, se encontró sin el dueño de su corazón y de su mano! Don Félix se había ausentado el día antes sin decir dónde iba ni cuándo volvería. Doña Francisca, preguntando a todo el que encontraba, con aquella sagacidad propia de los celos, no tardó en saber la aventura de la ermita y este hilo le condujo hasta saberlo todo. Inmediatamente dió orden a sus criados para ensillar dos caballos y cuentan que al montar en uno de ellos exclamó saliendo del Valle de Carriedo:

—¡Si un padre en un acceso de pasión puede olvidar a sus hijos, también una madre puede olvidarse de ellos en el furor de sus celos!

III

Y aquí es donde mi cronista desconocido, a quien nunca agradeceré bastante su bien narrada crónica, detalla con minuciosa exactitud y del modo siguiente el fin de la historia:

A la entrada de una calle estrecha de Madrid, contigua a la puerta de Guadalajara, paseábase de noche un caballero de corta talla, espada al cinto, capa larga y el sombrero hasta las cejas. Empezaba a inquietarse de no ver más que las tinieblas ni oír más que el silencio, cuando otro caballero, también enmascarado, de talla y aspecto semejantes, se acercó con aire decidido y echando mano a la guarnición de su espada,

—¿Qué haceis ahí, caballero?—le dijo.
—Hago lo que no tengo intencion de decir,—contestó el paseante con más orgullo que firmeza.
—Si no teneis intencion de decirlo, yo necesito saberlo,—replicó el otro con tono amenazador.
—Idos enhoramala, y dejadme solo,—fué la respuesta del primero.

—El que ha de irse de aquí, sois vos,—replicó el segundo,—y si no os vais de buen grado, yo sabré arrojaros por fuerza.

Esta amenaza pronunciada con un tono insultante hizo sin duda subir al rostro del paseante todo el fuego de la sangre española que corria por sus venas, porque sin asegurarse de si sus fuerzas le permitirian batirse con el provocador, sacó temblando su espada de la vaina. El otro le imitó inmediatamente, como hombre deseoso de llevar las cosas al peor extremo, y ambos caballeros se hallaron en guardia enfrente uno de otro.

Un solo minuto duró el combate. Al cabo de él, el primer caballero midió la tierra dando un grito que hizo estremecer al otro. El vencedor se aseguró de que su adversario sólo habia sido herido en una mano, é inclinándose á su oído, le dijo con voz vacilante:

—Marquesa de la Puebla de los Montes: hemos desempeñado nuestro papel como hombres verdaderos. Acordaos de que os ha herido en la mano la mujer á quien habeis herido en el corazon.

Un instante despues apareció un nuevo personaje por la puerta de Guadalajara: Francisca, que reconoció á don Félix, corrió á él, le tomó una mano, y le mostró á la Marquesa desmayada á quien dos criados retiraban de su órden.

—Si llevo á sorprenderla con vos una hora despues, la hubiera muerto,—dijo la celosa española:—pero vos, señor, aún podeis ser digno de mí: venid á pedirme perdon; pasemos la noche en una posada y mañana al ser de día volvamos á Carriedo á ver á nuestros hijos.

Abatido por la sorpresa y confundido por su culpa, don Félix se dejó conducir por su consorte á una posada. Menos culpable que digno, mereció aquella misma noche el perdon de su esposa y... nueve meses despues de esta reconciliacion enteramente española... nació Lope de Vega, el primer poeta dramático del mundo.

LUIS MARIANO DE LARRA

EL TORRENTE DEL DIABLO

(Leyenda provenzal)

POR DOÑA JOSEFA PUJOL DE COLLADO

I

ARMONÍAS DE DOS CORAZONES

Nuestra accion se desarrolla en la pintoresca y dulce Provenza, la hermosa cuna de la gaya ciencia, el país clásico de los trovadores y de las cortes de amor, uno de los rincones de la tierra más favorecidos por la pródiga y amante naturaleza. La region provenzal es fecunda en tradiciones y leyendas, ya sombrías y terribles, como una novela de Edgardo Poe, ya dulces y conmovedoras, como una narracion de Virgilio, y la tenebrosa leyenda que nos disponemos á narrar á nuestros lectores se remonta á fines del siglo XIV, perdiéndose casi, entre las densas nubes que rodean los camantosos tiempos del feudalismo.

En uno de los más apartados valles provenzales, á la hora misteriosa del dia en que el sol, como un globo de fuego, se eleva en el firmamento, y los alados cantores de las selvas entonan su matutino canto, á manera de plegaria, dos jóvenes, sentados sobre un ribazo, contemplan pensativos el dulce despertar de la madre naturaleza. Ella, que podía tener á lo sumo diez y ocho años, ostenta la perfección de una hermosa y garrida hija de las montañas, él, toda la fuerza y vigor del que está acostumbrado á resistir y vencer los rigores de las estaciones. Ambos son bellos sin afeminacion; la joven, con su hermoso cabello castaño ondulado, ojos gaceros y rasgados, piel ligeramente morena y formas estatuarías, acusa, desde luego, la pureza de costumbres y de vida, peculiar á los pueblos y desconocida casi en las grandes ciudades; él, alto, gallardo, de bronceada tez y apuesto ademan, deja adivinar en el fulgor de sus negros ojos, un alma animosa y fuerte, difícil de doblegar á los rudos golpes del infortunio.

Ambos permanecen callados, y sólo á intervalos turba el plácido silencio que les rodea, la campana del vecino pueblo, que entre los revueltos giros del inconstante viento lleva á sus oídos el melancólico toque matinal, y los murmullos de la brisa, que hacen prorumpir á hojas y flores en interminable y misteriosa conversacion.

En vano el joven dirige inquietas miradas á su compañera, tratando de vencer la tenaz preocupacion á que se halla entregada, sus esfuerzos durante algunos minutos resultan ineficaces, hasta que al fin, se arriesga á decir con acento impregnado de ligera contrariedad:

—¿Te has incomodado, mi buena Rosa?
—No,—contestó ella,—pero me entristecen profundamente tus palabras.

—¿Qué extraño es, amada mia, que el desgraciado se queje de su suerte y la voluntad del hombre se rebele al sentirse envuelto por el infortunio?

—¿Crees tú que á mí me pesa menos? pero comprendo que es necesario resignarse, esperar, y me conformo con la voluntad divina.

—¡Resignarse, esperar! esto es muy fácil cuando el sér, objeto de nuestras ansias, no es un ángel como tú. ¿Es posible ver el cielo y no desearlo, soñar con la dicha y no desesperar si huye de nosotros? Si nuestros amores han merecido la sancion de tu madre, ¿por qué incomprendible causa, el señor del castillo se obstina en aplazar nuestro enlace, siendo este el único obstáculo para la felicidad de los dos?

—Pienso como tú que esto es un mal para nosotros, Pedro, pero tal vez sólo la casualidad tiene la culpa de todo.

—No, Rosa, no es la casualidad, tengo el triste presentimiento de que nos amenaza algun peligro, no sé cuál sea, pero presiento algo desagradable.

—Haces mal en inquietarte.

—¡Con qué frialdad lo dices! cualquiera, al oírte, pensaria que se trataba de una cosa indiferente para tí. ¡No me amas!—exclamó el joven con amargura infinita.

Rosa al oír estas últimas palabras, levantó la cabeza, que hasta entónces mantuviera inclinada.

—¡Que no te amo!—dijo, mientras sus mejillas se cubrian con las rosas de la pasion,—¡que no te amo! cuando sabes que mi alma se halla enlazada á la tuya desde la infancia y sólo en tu amor cifro mis esperanzas todas! Nadie con mayor injusticia que tú podria arrojar me al rostro tan cruel reproche, incluso mi madre.

—Perdóname si te he ofendido, pero, ¡si vieras el mal efecto que me produce la especie de frialdad con que acoges mis sufrimientos, nacidos de las dilaciones de que es víctima nuestro proyectado enlace!

—Pues bien,—dijo Rosa con energía,—no quiero que por más tiempo me acuses de tibieza, oye pues lo que hasta ahora he puesto empeño en ocultar.

La curiosidad y el asombro se pintaron con inequívocos caracteres en las facciones del joven montañés.

Reinaron algunos momentos de penoso silencio.

—¡Ah, Pedro!—exclamó Rosa por fin con desaliento,—poco comprendes el corazon de la mujer, cuando detrás de lo que tú llamas mi apatía, no has sabido ver el terror.

—¿Terror de qué?

—De verte sucumbir á los golpes de la más ruin de las venganzas.

—Explicate, no te comprendo.

—Oye pues. Al día siguiente de haber estado tú en el castillo con objeto de participar á los señores de estos contornos nuestro deseo de unirnos ante el altar y pedir para ello su venia, cuando á la caída de la tarde regresaba yo del valle, feliz y dichosa, me encontré con el conde Raimundo. Fijó en mí un momento su mirada acerada y fria, detuvo el caballo que montaba y exclamó con vehemencia: «La más hermosa flor que abrigan estas montañas, no ha de ser propiedad de un oscuro vasallo, la rosa no ha nacido para permanecer en los campos, sino para que la admiren en las ciudades; yo os amo, Rosa, y mientras viva, no sereis de Pedro.»—¿Qué decís, señor?—exclamé en el colmo del asombro,—¿será posible que la hija del pobre guardabosque os inspire tanto encono que deseéis su muerte?—¿Su muerte has dicho?—Sí, su muerte, porque yo moriría si tuviera que renunciar al amor de Pedro.—Eres demasiado joven para morir, y harto hermosa para despreciar el fausto y oropel del mundo cuyos encantos desconoces; no sueñes un idilio en nuestras montañas, sino un porvenir de lujo y de amor en medio de las aturdidoras fiestas cortesanas.—Y al decir estas palabras, brillaban sus ojos azules con siniestro fulgor, sonreía su boca con expresion satánica, y en su fisonomía toda, creí ver resplandecer la expresion rebelde del ángel caído.—El día señalado para vuestras bodas, Pedro morirá,—dijo secamente el rencoroso noble. Yo exhalé un grito ahogado de espanto, y él desapareció en la espesura lanzando una estridente carcajada. Entónces tuve miedo, Pedro, te lo confieso, y no pude pensar en la realizacion de nuestros sueños sin sentirme llena de sobresalto; pero ¡Dios mio! ¿qué tienes?—preguntó la joven con extrañeza,—¿nada me contestas?

En efecto, Pedro guardaba un sombrío silencio, mil veces más terrible que la explosion de la cólera, y pálido, contraída la boca por amarga sonrisa, sólo pudo balbucear al fin con fónico acento:

—¿Al joven que el noble conde se ha atrevido á confesarle su amor? pues bien, nos veremos; de vasallo á señor va una distancia inmensa, pero de hombre á hombre no va nada.

Y Pedro, agitando en el aire su rizada cabellera, dirigió una rencorosa mirada al castillo, que se divisaba á lo lejos, cerrando el puño con amenazadora expresion.

—Calla, calla, amado mio, no abrigues propósitos de venganza contra quien tiene derecho de vida y muerte en sus dominios: ¿qué seria de nosotros si provocáramos su cólera? yo moriría de pena. Tranquilízate, demos tiempo al tiempo, él se irá á Paris, pasará lo que considero como una locura, y entónces su hermana Blanca nos dará el permiso que tanto anhelamos, y seremos felices.

—¡Pero entre tanto!—exclamó el joven con desaliento.

—Entre tanto confía en Dios, y en mí.

—¿Qué negra suerte acompaña á ciertos séres! Despues de una infancia llena de privaciones, y desheredado del paternal cariño, tuve de experimentar el horrible dolor de ver morir á mi madre, joven todavía, minada por incurable tristeza, sin que de sus labios saliera la confesion de quién fué mi padre: llegó la edad de las ilusiones, y al acariciar la esperanza de un porvenir dichoso con tu amor, la desgracia vuelve á perseguirme con el encarnizamiento de ántes,—exclamó Pedro con amargura infinita.

—Somos muy jóvenes todavía para desesperar de la suerte.

Reinaron breves instantes de embarazoso silencio, que al fin interrumpió Rosa para dar un giro risueño á la conversacion, diciendo á su amante con tono ligero y cariñoso:

—No olvides, Pedro, que mañana es el dia en que se reunen anualmente los habitantes del valle, para verificar las carreras de caballos, y que cien luises son el premio destinado al vencedor. Lucha con fe, que somos pobres, y esta suma nos vendria para ultimar los preparativos de nuestra union.

—Mio será el premio, Rosa,—dijo el mancebo con acento resuelto,—¡ojalá fuera mia con tanta seguridad la dicha que ambiciono!

—No todo se consigue en un dia, Pedro mio; espera y confía.

El sol iluminaba ya todo el horizonte, la joven se levantó, tendió la mano á su amante y le dijo con adorable sonrisa al despedirse:

—Mañana, dia de la fiesta, quiero que sea tuyo el premio que el vencedor debe recibir de manos de la noble dama del castillo.

—Más grato me fuera recibirlo de las tuyas.

Sonrióse la joven complacida y dichosa, y echó á correr ligera como una cervatilla.

Pedro la siguió con amorosa mirada, y al verla traspasar el ribazo coloreado por los rayos del sol que la rodeaban á manera de divina aureola, dirigió una sombría mirada al señorial castillo y exclamó en voz baja:

—¡Rosa, Rosa! el gavilan quiere hacer presa en la cándida paloma, pero ¡ay de él si llega á profanarte, siquiera sea con su impuro aliento!

Apénas acababa de pronunciar las anteriores palabras, el galope de un caballo resonó en las inmediaciones, volviése Pedro con presteza y vió venir hácia él á la joven castellana, seguida por uno de sus servidores y de un magnífico perro de caza.

Blanca de Montbars era hermosa como una Virgen de Rafael, y vestia con inusitada elegancia; en la falda de su traje azul, véanse bordados los cuarteles de su nobilísimo escudo, y cerca de la escarcela que pendia de su cintura, brillaba la hoja de una acerada daga. Flotaba al viento su rubia cabellera, y una sonrisa de complacencia se retrató en sus rojos labios al ver al joven montañés.

—¿Cómo á estas horas por aquí, Pedro?—preguntó la noble castellana, deponiendo el altivo continente que le era habitual.

—¡Señora!...—balbuceó el mancebo.

—¿Amas la naturaleza, como buen hijo de estas montañas? pruebo tu gusto, pero no por ello dejes de ocuparte de la fiesta de mañana. Todos te designan de antemano como vencedor, y yo con ellos creo, que el premio corresponde al más apuesto doncel de la comarca.

El joven miró con asombro á la noble dama, ella comprendió la extrañeza de su interlocutor, ruborizóse, y haciendo un movimiento de enojo contra sí misma, saludó con la mano y metió espuelas al fogoso corcel.

La arrogante amazona y su grave acompañante desaparecieron entre una nube de polvo.

Pedro quedó solo y entregado por completo á sus tristes meditaciones.

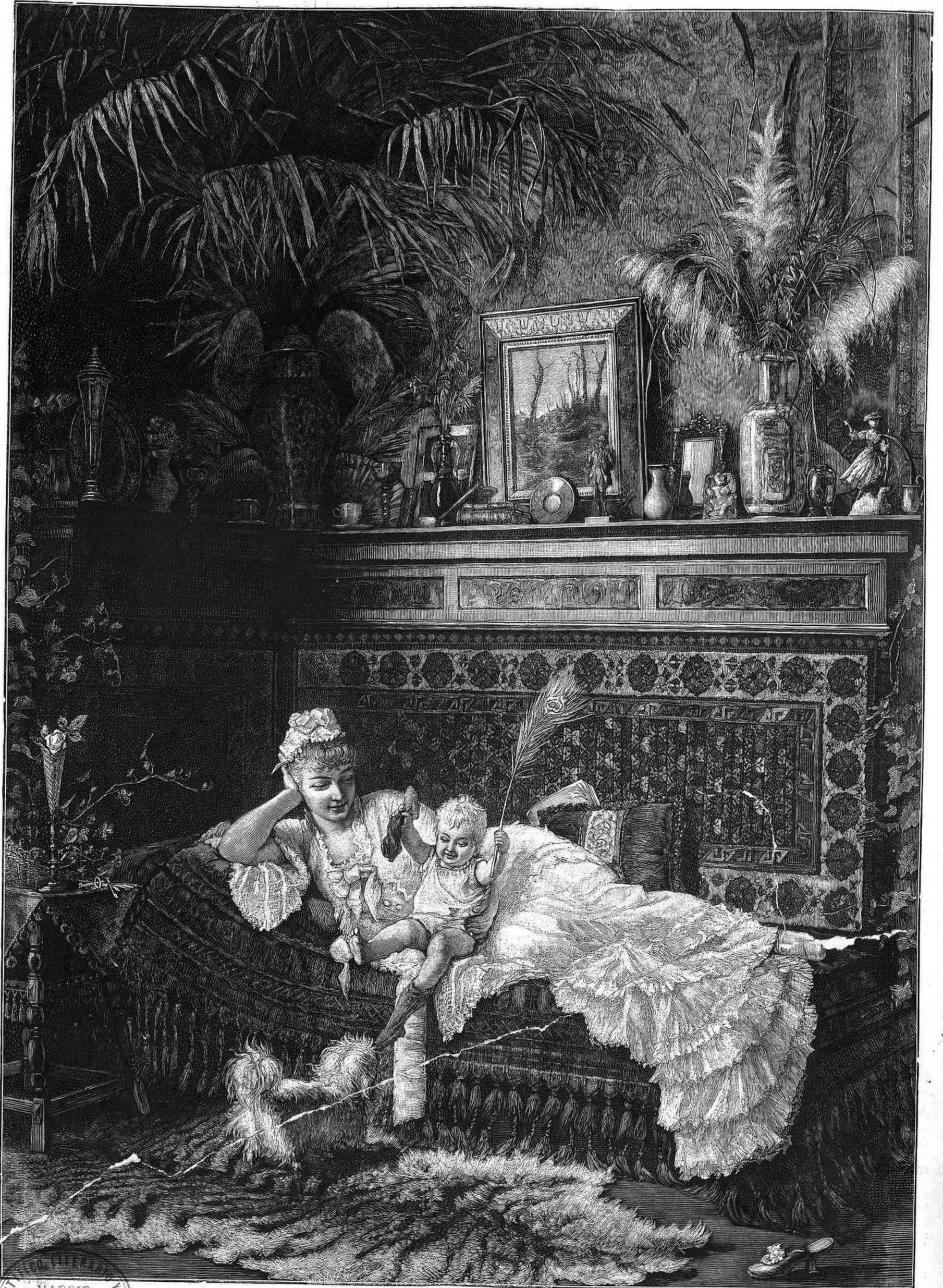
II

LA FIESTA

La morada señorial de los condes de Montbars alzabase imponente y bravía en la inhiesta cumbre de uno de los montecillos que servian de limite al gracioso valle donde se hallaba enclavado el pueblo de S...

Desde las almenadas torres de aquella fortaleza, cuya edificacion se remontaba á la época de las Cruzadas, todo el valle parecia verde alfombra matizada de flores, y las blancas casas que formaban el pueblo, asemejábanse á una bandada de cándidas palomas, acurrucadas al abrigo protector del señorial castillo.

Por una parte facilitaba la subida á la morada feudal, un enarenado paseo, provisto de frondosos árboles; por el otro, y quizá para mejor resistir los asaltos de posibles enemigos, en aquellos tiempos de frecuentes revueltas, el castillo elevaba su mole escueta sobre una vertiente cortada en la roca viva. Por allí se despeñaba bravío, espumoso torrente, que nacido cándido riachuelo en las laderas del monte, donde se asentaba el castillo, despues de precipitarse por el derrumbadero en hirviente catarata, volvía á desatarse en apacible cinta por el tranquilo valle. Los sencillos habitantes de aquellos contornos, designaban el impetuoso torrente con el nombre de *Torrente del diablo* á causa de una sombría tradicion referente á los primeros dueños del castillo y transmitida fielmente de padres á hijos. Decáse que en remotos tiempos, y en ocasion de hallarse en la guerra el señor del castillo, una horda de bandidos, que en aquella sazón infestaba el país, logró un día penetrar por sorpresa en la fortaleza, dando muerte á la condesa y á sus más fieles servidores. Encerrados en las mazmorras los demás, y despues de saquear por completo el castillo, apoderáronse de sus inmensas riquezas, y como les sorprendiera la noche allí, ebrios, y engañados por la apacible mansedumbre del rio que se deslizaba á espaldas del castillo, metiéronse en las barcas que siempre se hallaban dispuestas en la ribera, depositando en ellas sus mal adquiridos tesoros, y entonando cínicas canciones, abandonaron el teatro de sus funestas hazañas, en medio de la más infernal algarabía. Un buen rato fueron navegando dulcemente, como por las aguas



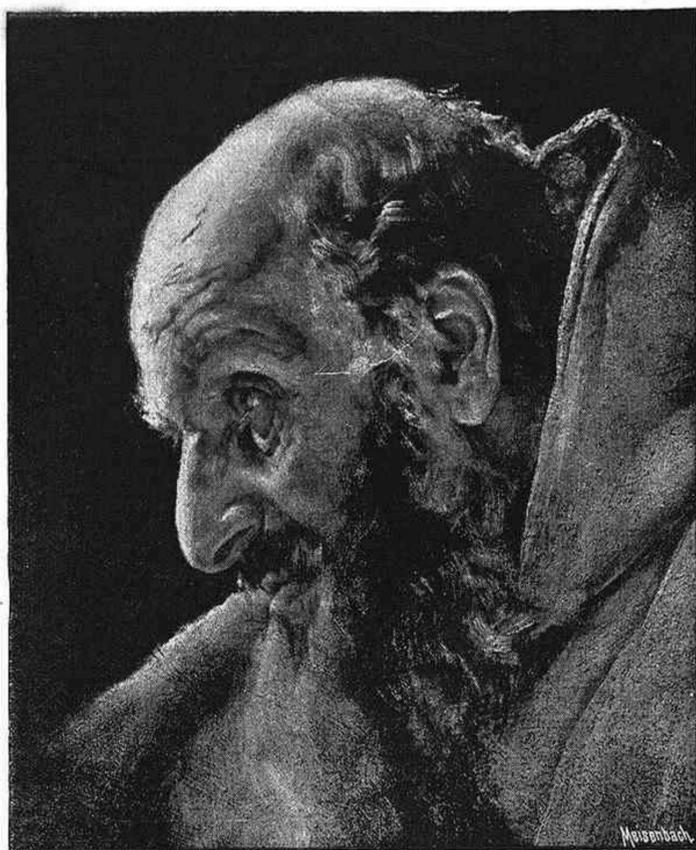
HORAS PLÁCIDAS DE LA MAÑANA, cuadro por Canuto Etwall





LOS DOS RIVALES, cuadro por Perey Tarrant





CABEZA DE ESTUDIO, reproducido por el sistema Meisenbach

de apacible lago, pero de pronto, atraídas las barcas al abismo con vertiginosa rapidez, desaparecieron todos, sin que jamás, ni allí ni en el fondo del torrente, se encontraran sus restos, por lo cual, la superstición popular creyó sinceramente que el diablo se los había llevado en cuerpo y alma. A causa de esta conseja, los tímidos aldeanos miraban el despeñadero con supersticioso terror.

Cuando tuvieron lugar los sucesos que vamos relatando, eran dueños del soberbio castillo los hermanos Raimundo y Blanca de Montbars, herederos de los condes de Montbars, sus padres, fallecidos algunos años antes del principio de nuestra historia.

Raimundo era de carácter irascible y violento; enamorado de la vida cortesana, hacía frecuentes excursiones a París, y durante ellas, su hermana quedaba bajo la salvaguardia de una anciana dueña y un antiguo servidor de sus padres. Los dos hermanos habían heredado por completo el altivo orgullo que distinguía a su raza, y a menudo eran víctimas y testigos de sus vejámenes los infelices vasallos, que más les temían que les amaban.

Jamás de la altiva Blanca ningún pechero había escuchado una palabra amable, si se exceptúa a Pedro, quien, sin saber por qué, se veía objeto de incomprensibles deferencias por parte de la orgullosa castellana.

Nosotros, explicándonos lo que en medio de su asombro no se acertaba a explicar el joven montañés, diremos que a Blanca no le había sido indiferente la varonil belleza del amante de Rosa, y que por su parte, Rosa, sin pensarlo ni querer, había cautivado con sus inocentes hechizos, el inquieto espíritu del conde Raimundo.

El conde era con todo harto orgulloso para pensar en elevar hasta él a la humilde vasalla, pero como no reconocía obstáculos a su voluntad, había formado el proyecto de estorbar la felicidad de Rosa y Pedro, los cuales se hallaban bien lejos de sospechar por completo los nefandos proyectos del libertino noble. En cuanto a Blanca, amaba en silencio y con toda su alma al joven montañés, a pesar de su orgullo de raza: no sabía el término ni el objeto de aquella secreta pasión que germinaba en su pecho, pero a buen seguro que más de una vez en medio de sus amorosos ensueños, la altiva castellana sonreía venturosamente creyéndose unida con santos e indisolubles lazos al arrogante mancebo sin pensar en la oscuridad de su origen, porque el amor, hoy como ayer, y mañana como siempre, desprecia y vence las más arraigadas preocupaciones.

Amaneció por fin el suspirado día de la fiesta, con un sol espléndido, propio del tibio y perfumado mayo. Desde muy temprano, los aldeanos vistieron sus mejores galas, y después de oír devotamente la misa que dijera el reverendo cura del lugar en la sencilla iglesia, todos se reunieron en una explanada, no lejos del pueblo, adonde debían acudir Blanca y Raimundo, constituidos en tribunal, para que empezaran las carreras, y se adjudicara el premio al jinete que mejor le mereciera.

No hay que decir si Rosa y su anciana madre concurrirían a la fiesta, interesándose como les interesaba el resultado de las carreras. La joven fué objeto de la curiosidad general, pues nadie ignoraba en el pueblo que Pedro había ido al castillo a solicitar licencia para contraer matrimonio con ella, y por vía de desahogo a su despecho, Jorge, uno de los amantes desdenados de Rosa, se proponía disputar el premio a su afortunado rival. Los demás jóvenes que se preparaban a tomar parte en la lucha, no ofrecían particularidad digna de contarse, haciéndolo sólo por diversion y entretenimiento.

A las once de la mañana, Pedro, sosteniendo con su mano derecha las riendas de un fogoso caballo, sonreía amorosamente a Rosa, mientras Jorge, no lejos de allí, y en

parecida actitud, pálido por el despecho, tembloroso por la ira, esperaba con impaciencia que llegase el momento de la lucha.

Frecuentemente las miradas de los aldeanos se dirigían hacia el castillo con afán, y ya empezaban a dar muestras de impaciencia, cuando de repente los rayos del sol reflejaronse, con deslumbradoras luces, en los bordados y las armas de una brillante comitiva, que, después de traspasar el puente levadizo, se dirigía al valle con mesurado paso.

A su frente marchaban con marcial continente, montados en briosos alazanes, el conde y su hermana; él pensativo y ceñudo; ella, como siempre, serena y altiva. Al llegar la comitiva al llano, el grupo de aldeanos se abrió en dos filas, los señores del castillo se colocaron en el centro, rodeados de sus servidores, y en medio del más profundo silencio se adelantó un heraldo para pregonar las condiciones de la lucha.

Con arreglo al programa que regia todos los años, el premio de cien luises y la corona de laurel, destinada al vencedor, serían entregados al mismo por la dama del castillo, respetando la antigua y tradicional costumbre.

(Continuará)

PATRIA Y REY

EPISODIO DEL AÑO 1811

I

La verdad es que nuestros padres fueron unos héroes en aquella inmortal campaña sostenida contra los ejércitos del capitán del siglo; pero también lo es que se ha abusado mucho de tachar a nuestro generoso suelo de ingrato para con ellos. Yo puedo hablar de esto más alto que nadie, porque el mío fué una de las no pocas víctimas de esa supuesta ingratitud, y sin embargo, su memoria me lo perdona, no me cansaré de repetir que ellos y nadie más que ellos se tuvieron la culpa. Su error fué confundir la idea de patria con la personalidad de Fernando VII, y como se arraigó en sus almas de tal modo aquella involuación, murieron achacando a la noble España los pecados de un rey que menos que ninguno merecía los sacrificios que por él se hicieron.

Volviendo a mi padre, debo empezar por decir que, aunque inflamada su alma por la fiebre que se había apoderado de la nación entera desde los primeros días de la invasión francesa, estuvo no corto espacio de tiempo contenido por los ruegos de mi madre, con quien hacía poco más de un año se había casado, en su modesto y apacible hogar de Valsombreda, contentándose, como algunos otros españoles, con dirigir sus preces al Altísimo por el triunfo de nuestras armas. Sin embargo, llegó un momento en que el relato de los no pocos reveses sufridos por los defensores de la causa nacional excitó de tal modo su ánimo que, sólo esperando una ocasión propicia para incorporarse a las guerrillas, pudo calmar la impaciencia que le devoraba.

Esta ocasión no se hizo esperar mucho. Por muerte de nuestro anciano y virtuosísimo párroco, vino a ocupar el vacante curato de Valsombreda un clérigo que, aunque de escasísimas luces y de menos letras todavía, no tardó en captarse la benevolencia de sus feligreses por el patriótico entusiasmo de que a todas horas hacía gala, mostrándole muy especialmente en el púlpito, donde se dejaba notar por una oratoria no muy bien avenida con los más rudimentarios preceptos retóricos, pero sí lo suficientemente fogosa para trocar a los mansísimos cordeles de Cristo en denodados campeones de nuestra independencia.

Mi padre estaba dotado de la suficiente cultura y buen sentido para no entusiasmarse con la elocuencia de don Fulgencio Berriz, ó simplemente del padre Fulgen-

cio, que tal era el nombre por que todos conocíamos al sacerdote; pero era lo bastante buen cazador para dejar de admirar aquel ojo certero que mandaba una bala donde quería, aquellos músculos de bronce para los que no había vericuetos inaccesibles y aquel estómago privilegiado que lo mismo se pasaba veinticuatro horas con una cebolla y un trago de agua, que resistía lonjas de tasajo y cuartillos de vino ni más ni menos que si se echaran a un pozo sin fondo.

Estas cualidades fueron las que sirvieron de mediadoras para que entre ambos se establecieran unas relaciones que las casi diarias partidas de caza llegaron a hacer tan estrechas, que en breve plazo ni uno ni otro tuvieron secreto que ocultarse ni cuita que se dejasen de contar. Mi padre, por consiguiente, hizo partícipe a su amigo de los escrúpulos que turbaban su conciencia por no haber tomado ya las armas contra el francés, y a su vez el clérigo no tardó en confesarle que tanto más le mordía el pecho la misma comezon, cuanto que sus instintos mejor le llevaban a las agitaciones de la guerra que no a la paz de un ministerio que por conveniencia y no por vocación había abrazado.

Resultado de insistir una vez y otra sobre tan discutido tema fué que una tarde, en que por faltarles las municiones daban la vuelta al pueblo más temprano que de ordinario, parándose el padre Fulgencio de pronto y volviéndose a su compañero, le dijo sin más preámbulos:

—¿Sabe V. qué le digo? Que las cosas se hacen y no se piensan. Una de dos, ó estamos resueltos ó no lo estamos. Si V. piensa seguir cuidando de sus gallinas, y yo he de estar toda la vida echando bendiciones, excusamos quebrarnos los cascotes. Pero si creemos que en otra parte hacemos más falta que aquí, no hay que olvidar que la ocasión la pintan calva y que lo que se ha de hacer hoy para mañana es tarde.

Mi padre se le quedó mirando con cierto estupor, visto lo cual por el párroco, continuó:

—No hay que forjarse ilusiones. Por el camino que vamos, ni V. pasará nunca de ser un hidalgo con tanta nobleza como poca hacienda, ni yo saldré de cura de misa y olla. Allí abajo ya es otra cosa: con un poco de osadía sabe Dios a dónde se llega. Sirviendo a la patria se puede uno servir a sí mismo, y con eso, de un tiro se matan dos pájaros. Así que lo dicho dicho y el jaco a la puerta. Tenga V. el suyo mañana al amanecer ensillado, y sin que la tierra lo sienta, dentro de poco estaremos tan hechos a matar franceses como hoy lo estamos a dar caza a las perdices y a los conejos de estos contornos.

No hicieron muy buen efecto a mi padre aquellas teorías un tanto egoístas, pero viniéndole a las mientes las reticencias que ya comenzaban a echarle en cara su culpable apatía, dió repentinamente de mano a sus escrúpulos, y como el que quiere no dejarse puerta por donde escapar, murmuró estrechando la mano del tonsurado:

—Vaya V. a buscarme mañana sin decir palabra a nadie, que no faltará.

Al rayar el alba, por el camino que conduce a la vecina



EL DJERID, dibujo original de P. M.

sierra marchaban a paso de andadura dos jinetes perfectamente municionados de armas y provisiones de boca. El uno se hacía notar por la extraña amalgama de sus arreos, en que el solideo y el alzacuello contrastaban con la canana y la forrajera. En el otro, el rasgo característico era que de trecho en trecho, parando su cuartago, volvía los ojos arrasados de lágrimas hacia el pueblo, como si en él se quedaran los pedazos más queridos de su corazón. Aquellos dos jinetes eran don Fulgencio Berriz y mi padre.

II

No es mi ánimo, aunque ciertos papeles que como oro en paño conservo podrían permitirme hacerlo con riquísima copia de datos, erigirme en cronista de la larga serie de gloriosos hechos que llevó a cabo la partida á que los dos prófugos de Valsombreda se incorporaron. Por hoy me limitaré á decir que en ella, tanto mi padre como el clérigo se distinguieron bien pronto por su valor y pericia, si bien en el último á tales cualidades no tardó en hacer sombra su natural levantisco y mal avenido con los rigores de la disciplina. Idea que no salía de su cerebro, si la ponía por obra era de mala gana, no perdiendo jamás ocasion de extralimitarse de las órdenes recibidas de sus jefes, y sobre todo poniendo particular empeño en hacer ver que el mal éxito de toda empresa consistía siempre en no haber seguido sus inspiraciones.

Miéntas las cosas fueron bien, poco ó ningun caso se hizo de semejantes manías, que por tales se diputaban las observaciones del clérigo; pero como de allí á poco el carro, segun la expresion vulgar, comenzara á torcerse, se creyó llegado el momento de no tolerar imprudencias de nadie.

El caso fué que los franceses, comprendiendo que aquella guerra de partidas no podía dominarse por los medios ordinarios, apelaron al recurso de formar á su vez contra-guerrillas, y, como áun en los momentos de mayor grandeza de una nacion no faltan traidores y descontentos, repartiendo el oro á manos llenas y colmando de grados y beneficios á cuantos perdidos se les ofrecían, consiguieron en breve plazo tener á su servicio gente que, por ser tan conocedora como nosotros del terreno, era más difícil de sorprender y ménos fácil de resistir.

Desde que los negocios tomaron tal giro, lo que más en absoluto se prohibió entre los defensores de la causa de la nacion, fué la iniciativa particular. El arrojo del individuo valía ya ménos que la obediencia colectiva, y como sólo una entereza extremada podía tener á raya á una tropa de suyo levantisca y voluntariosa, se dictaron medidas de rigor que sólo lo apretado de las circunstancias disculpaba.

Al primero á quien se hizo saber este acuerdo fué al bueno de don Fulgencio, el cual de tan mal talante recibió el aviso, que mucho se temió mi padre diera margen á que se le escogiera para hacer ver que no sólo de amenazas se trataba. Por fortuna el clérigo, aunque poniendo la cara aceda, contuvo sus ímpetus, encerrándose en un silencio y en una actitud pasiva que hizo temer algun proyecto por su parte.

Tal sospecha no tardó en verse confirmada. A pesar de que se sabía que los franceses estaban muy cerca y que de un momento á otro podrían romperse las hostilidades, una mañana el clérigo desapareció. Temeroso mi padre de que su falta fuera castigada, se guardó muy mucho de hablar á nadie de su ausencia; pero viendo que el día se pasaba y que su compañero no volvía, dióse á pensar que el intento de alguna descabellada hazaña le hubiese proporcionado una muerte más desesperada que gloriosa.

Por fin no sucedió así. Cuando las primeras sombras de la noche empezaban á envolver el pueblo, don Fulgencio entró en su alojamiento cubierto de polvo; y sin dar tiempo á mi padre de formular la más ligera pregunta, le invitó á que le siguiera á un desvan que tenía por dormitorio y á cuya puerta echó cautelosamente la llave.

—¿De qué se trata?—le preguntó mi padre.

—De poca cosa,—respondió el presbítero frotándose las manos.—Ya no es hora de andarnos con paños calientes. Aquí hemos venido para algo y ese algo ni viene ni vendrá. Entre decir una misa por mi cuenta ó disparar un fusil cuando al primer quidam se le antoja para que otros medren y yo me quede como estaba, casi estoy por decir que me atengo á lo primero. Para no salir de capa rota bien se está San Pedro en Roma. Hoy por hoy José I es más rey de España que Fernando, y al que á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

—¿Qué quiere V. decir?—preguntó mi padre en el colmo del estupor.

—Que con V. cuento. Lo que aquí nos niegan, en otra parte nos lo dan con largueza. Mañana nos pasamos al francés.

Al oír aquella proposicion hecha á quemarropa, mi padre no fué dueño de contener su ira; se puso en pié de un salto y se abalanzó con la presteza de un tigre sobre don Fulgencio. Este, viendo venirle encima á su adversario, quiso hacer uso del ancho cuchillo de monte que llevaba pendiente de la cinta; pero no tuvo tiempo. Antes de lograr sacarle de la vaina, estaba en el suelo sintiendo sobre su pecho la presion de la rodilla de mi padre.

—Si no quiere V. que le aplaste como á un reptil,—dijo este con voz convulsiva,—júreme V. por las órdenes que para deshonrarlas ha recibido, desistir de su indigno propósito.

—Lo juro,—murmuró el clérigo, que se sentía ahogar por momentos;—pero con dos mil de á caballo, afoje esa pierna que me pesa más que el haber contado con V. para nada de provecho.

En aquel punto dos recios golpes hicieron estremecer la puerta del desvan. Mi padre, avergonzado tal vez de haber puesto las manos en un hombre que, aunque indigno de ellos, vestía los hábitos de sacerdote, se levantó de un salto, y cogiendo la llave que había quedado sobre una mesa, abrió.

El recién venido, que era uno de nuestros compañeros de armas, gritó desde el umbral:

—¿Están Vds. sordos? ¿No oyen los tambores que nos llaman á las filas? Los franceses están ahí. ¿Pero qué diablos hacían Vds.?

—Nada,—contestó mi padre, ajustándose la canana.—Apostaba don Fulgencio á que nadie le vencía, y le he probado que por esta vez mis puños son más sólidos que los suyos.

El cura dejó escapar una especie de gruñido, se compuso precipitadamente los desperfectos del traje, y, como la fiera que acaba de convencerse de la superioridad del domador, se dirigió al rincón donde había dejado sus armas, miéntas el interruptor bajaba á saltos la escalera encogiéndose de hombros.

Cuando mi padre se vió sólo con el clérigo, le dijo:

—No olvide V. lo que ha jurado.

—Jamás he olvidado un juramento,—respondió con voz sorda.—Pero á su vez no eche V. en saco roto que por estas cruces le juro también que, si alguna vez soy yo el que caiga encima, no seré tan generoso como lo ha sido V. ahora.

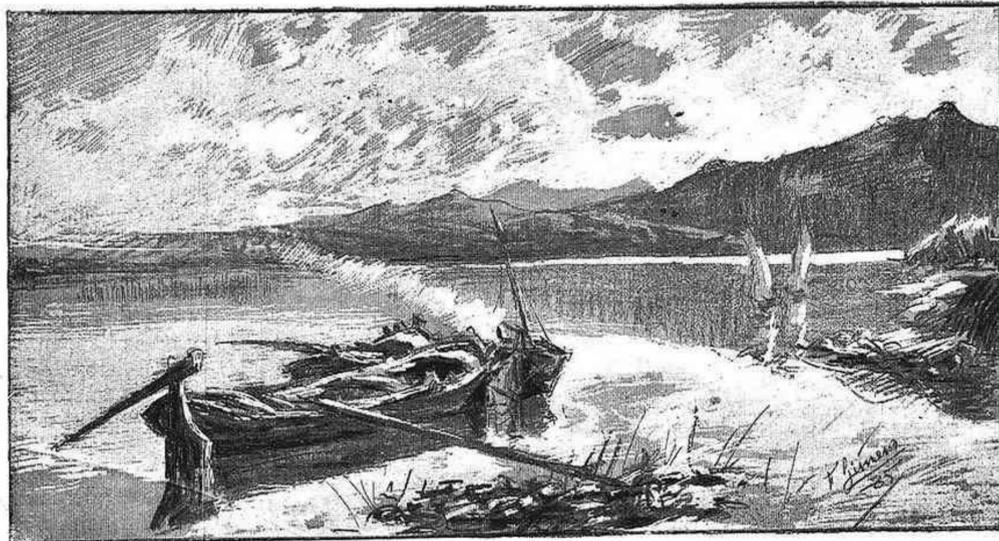
Media hora despues estaban batiéndose. En honor de la verdad debo confesar que el tonsurado se portó bien. El resentimiento que llevaba clavado en el pecho lo pagaron aquellos de quienes pensaba hacerse aliado.

Despues del encuentro, que fué formidable, mi padre no volvió á saber de él. Dándolo por muerto, lo perdonó sinceramente. Sólo al final de la campaña supo que, incorporado á la partida que mandaba el *Trapense*, había llegado á ser el segundo de aquel guerrillero tan famoso por su arrojo y denuedo como por su crueldad con los vencidos y por la tolerancia con que dejaba que los suyos se entregaran al más desenfadado pillaje.

III

Los invasores habían repasado los Pirineos. Las águilas, cuyo vuelo no habían logrado abatir los ejércitos más poderosos de Europa, habían huido avergonzadas ante la constancia de los españoles. El mismo José, ya que no pudo sostener la vacilante corona en su cabeza, quiso salvar el rico botín que se llevaba; pero ni áun esto le fué dado. Los tesoros que con la prisa de la huida recogió en su corte, los tuvo que abandonar en los campos de Victoria.

Fernando, el *Deseado*, aquel rey cuyo nombre había servido de enseña en la gloriosa lucha, había vuelto á ocupar el trono de sus mayores; pero el primer acto de su poder fué galardonar al pueblo, que no había titubeado en derramar su sangre por él, de un modo bien extraño. La proscripción ó la muerte eran el premio que recogían los más denodados campeones de aquella guerra sin ejemplo en la historia.



MARINA, por F. Gimeno

Una mañana, la plaza de la Cebada de Madrid ofrecía un espectáculo harto frecuente en aquellos días. Durante la noche se había levantado en su centro una horca. A ella no iba á subir ninguno de los muchos bandidos que infestaban la España entera. A quien estaba destinada era á un hombre que no había cometido otro crimen que el de abandonar su familia y su hacienda, el de jugarse á cada paso la vida para devolver íntegro su cetro á un monarca que no había sabido defenderlo por sí mismo.

¿De qué delito se le acusaba? De uno gravísimo entónces. Un cobarde anónimo le había delatado como *liberal*, y la comision militar encargada de incoar su irrisorio proceso se había contentado con una sola prueba. Entre los papeles del acusado se había encontrado un ejemplar de la *Constitucion*.

El que había desafiado cien veces la muerte sin temblar, ¿porqué había de temerla entónces? Mi padre, que no era otro el desventurado *reo*, llegó al suplicio con paso firme y seguro. Sin vanas ostentaciones de serenidad, su continente era grave y digno. Desde la salida de la cárcel de Corte no había levantado los ojos del crucifijo que llevaba entre las manos.



GITANO ESQUILADOR, apunte de J. Marqués

Sin embargo, al poner el pié en el primer escalon del patíbulo, un rugido de entusiasmo lanzado por la plebe que obstruía la plaza, le hizo levantar la cabeza. Por entre los apiñados grupos vió venir hácia él un jinete que ostentaba, sobre la raida sotana que denotaba su condicion de sacerdote, los galones de coronel de los ejércitos reales.

Cuando el extraño personaje llegó al lado de mi padre, se acercó á él y murmuró estas solas palabras á su oído:

—Ya ve V. que he sabido cumplir las dos partes de mi juramento.

Unos instantes despues, de la horca pendía un cuerpo cubierto de gloriosas cicatrices.

La patria no pudo llorarle en aquel momento. Entónces no existía. De los que tenían el derecho de representarla, los unos gemían en un presidio, los otros comían el pan de la caridad en suelo extranjero. De España parecia no quedar otra cosa que el populacho soez y degradado que llenaba la plaza de la Cebada, y que al contemplar aquel desconsolador espectáculo, cumplió dignamente con su mision gritando:

¡Viva la religion! ¡Viva el Rey neto!

ANTONIO J. LORENCIO

TELEGRAFIA Y TELEFONIA SIMULTÁNEAS en Bélgica

Los trasmisores telegráficos y telefónicos simultáneos de M. Van Rysselberghe han obtenido el mayor éxito en la seccion eléctrica de la Exposicion de Amberes. M. Charles Murlon presentó una coleccion muy completa de todos estos aparatos, construidos en sus talleres, lo cual permitía estudiar en detalle sus ingeniosas disposiciones, de admirable sencillez, pudiéndose apreciar su accion práctica en las audiciones musicales telefónicas establecidas entre Bruselas y Amberes, caso particular de las trasmisiones telefónicas empleadas para el servicio corriente en la red telegráfica del Estado belga.

La red de telegrafía y telefonía simultáneas está efectivamente muy desarrollada en Bélgica; y diariamente se establecen comunicaciones por los hilos telegráficos entre los abonados al teléfono de Bruselas, Amberes, Gante, Lieja y Mons, por una parte; y Lieja y Verviers por otra.

Con este objeto ha sido necesario armar toda la red belga contra la induccion que producen las corrientes telegráficas ordinarias cuando atraviesan un teléfono, y



hasta cuando están situadas en la inmediación de los hilos telefónicos; pero creemos que este gasto de primera instalación será pronto reproductivo por las numerosas ventajas que resultan de las comunicaciones verbales directas entre los abonados de las diferentes ciudades, en esas condiciones de sencillez, de comodidad y facilidad de que hoy nos ofrece Bélgica el único ejemplo.

Sin ocuparnos en la descripción técnica de las disposiciones imaginadas por M. Van Rysselberghe para realizar esta doble transmisión, tan paradójica al parecer, descripción que ha sido objeto de artículos especiales, recordaremos rápidamente su principio. Para hacer que las transmisiones telegráficas sean inaudibles en el telé-

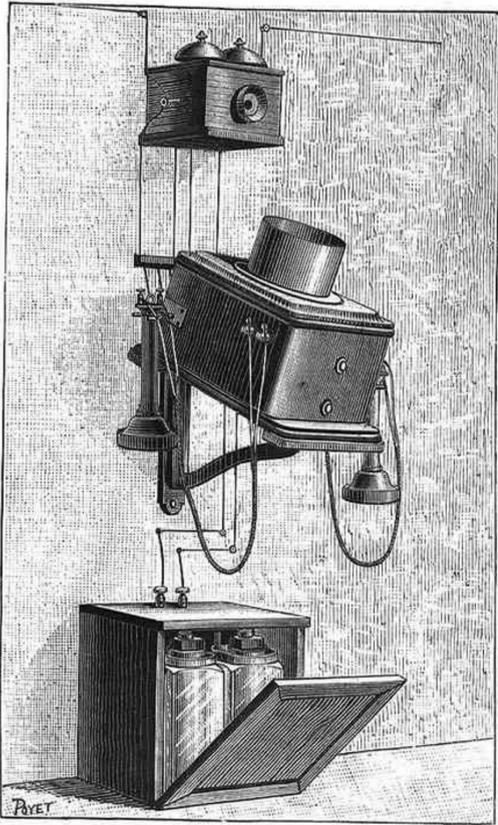


Fig. 1.—Estación telefónica Van Rysselberghe.

no, es preciso evitar toda sacudida brusca en las emisiones, graduando las corrientes, lo cual se hace con ayuda de electro-ímanes graduadores intercalados en el circuito, y que en virtud de su propia inducción no permiten a la corriente alcanzar su valor de régimen sino gradualmente, y con una lentitud relativa. Es preciso separar después las corrientes telegráficas y telefónicas, de modo que el circuito telefónico deje paso a las corrientes ondulatorias rápidas y poco intensas de la telefonía, sin que estas corrientes vayan a los aparatos telegráficos, sobre los cuales no tendrían evidentemente acción y se perderían inútilmente. Es preciso también que las corrientes telegráficas no atraviesen el circuito telefónico, lo cual produciría una derivación perjudicial. Este doble resultado se obtiene con ayuda de los separadores. Las corrientes telegráficas ondulatorias rápidas quedan detenidas por electro-ímanes separadores, que no las dejan llegar a los aparatos telegráficos. Las corrientes telefónicas no atraviesan el sistema telefónico, sobre el cual se ha intercalado un condensador separador. Resulta, pues, que por una combinación conveniente de electro-graduadores, de electro-separadores y de condensadores-separadores se obtiene una doble transmisión del todo independiente. Los electro-graduadores se colocan cerca de los aparatos de manipulación, y los de separación (electros y condensadores) en el punto de bifurcación de las líneas telegráficas y telefónicas, es decir en los postes telegráficos, allí donde el material está más a la vista para ejercer una vigilancia directa, activa y bien comprendida.

Para las comunicaciones de ciudad a ciudad, los aparatos receptores y transmisores son los que emplean los abonados, transmisor Blake y receptor Bell ordinario. Para la telefonía a gran distancia, Mr. Van Rysselberghe ha combinado estaciones construidas por M. Charles Moulton, cuyas disposiciones generales se pueden ver en las figuras 1 y 4. El transmisor es análogo al micrófono Ader, pero todos los carbonos están montados en deriva-

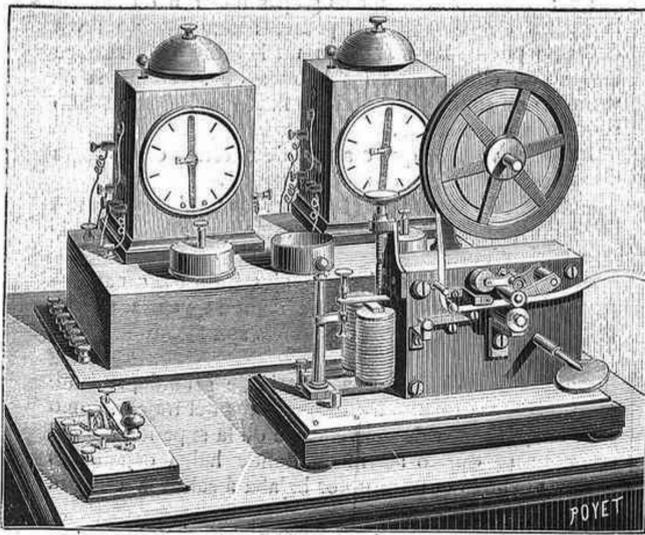


Fig. 2.—Aspecto de una estación telegráfica provista de preparadores anti-inductivos, de M. Van Rysselberghe.

ción sobre la planchuela del micrófono. Encima de la caja que encierra el carrete de inducción, el timbre magnético y la palanca de conmutación, se fija una embocadura cilíndrica de ebonita que permite concentrar las ondas sonoras sobre la planchuela, y obtener así mejor transmisión.

En la figura 4, la estación tiene la forma de un pupitre, en el que se puede escribir fácilmente el despacho recibido; está destinado más especialmente a los gabinetes telefónicos públicos, a las estaciones, y sobre todo a las oficinas telegráficas, donde se debe escribir todo despacho recibido o transmitido.

La figura 2 presenta las condiciones de una estación telegráfica de doble dirección, provista del sistema anti-inductor de Mr. Rysselberghe: no difiere exteriormente de las estaciones ordinarias análogas sino por la adición de un zócalo que encierra los condensadores y los electro-graduadores y separadores necesarios para la separación de las dos especies de despachos: estos aparatos ocupan un espacio muy reducido.

La delicada cuestión referente al timbre de las estaciones y de los abonados se ha resuelto de una manera muy propia y conveniente por Mr. Van Rysselberghe, desarrollando las ideas sugeridas por Mr. Sieur. Para las llamadas no se podía hacer uso de un sistema de timbres temblones, ni de los llamados *magneto-calls*, porque las corrientes necesarias para hacer funcionar los timbres comunes ó los otros hubieran podido perturbar el trabajo telegráfico; y en su consecuencia hacíase preciso obtener un timbre fónico suficiente para que se oyera a cierta distancia, y hasta produjese una señal visible, tal como la caída de un anunciador en la estación

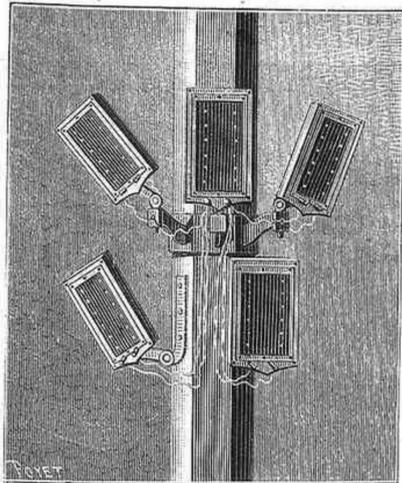


Fig. 3.—Disposición de los transmisores Van Rysselberghe en los postes del kiosko de Wauxhall, en Bruselas.

llamada. El principio de la combinación adoptada consiste en utilizar las corrientes ondulatorias emitidas por un vibrador especial, corrientes que hacen vibrar una membrana telefónica que actúa como renovador de corrientes. Cuando esta última está en reposo cierra en corto circuito una pila local por medio de un contacto que se apoya en dicha membrana, la cual, cuando vibra, produce

por este contacto interrupciones que abren el breve circuito de la pila local, permitiéndola obrar sobre un electro-íman montado en derivación en sus bornas ó tornillos. Estas corrientes, interrumpidas con rapidez, no ejercen acción alguna sobre el sistema telegráfico, al paso que se perciben claramente en las estaciones telefónicas.

Tal es en su conjunto, y en su forma práctica actual, el sistema de transmisiones simultáneas de que se utilizan ventajosamente las principales ciudades de Bélgica; y de esperar es que el ejemplo de este país será seguido en todos los demás dándole todo el desarrollo que merece.

Una vez establecido el sistema para las comunicaciones telefónicas ordinarias, no era difícil concebir su apli-

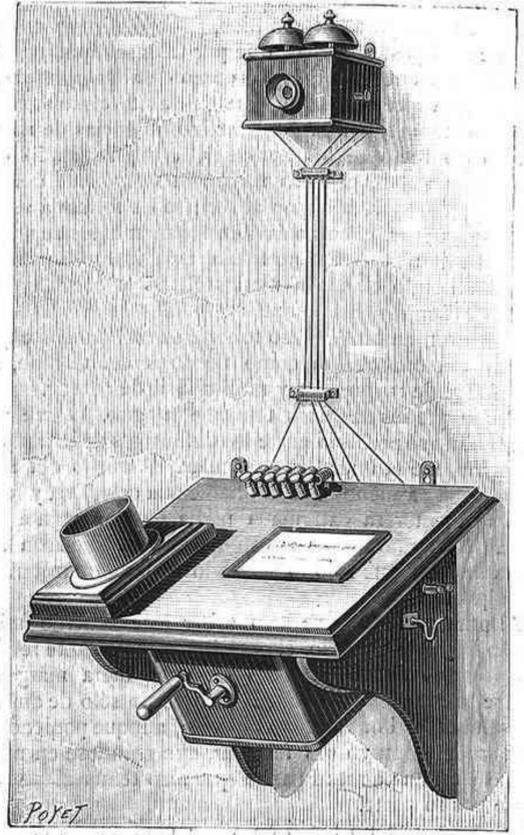


Fig. 4.—Estación telefónica Van Rysselberghe (modelo de pupitre).

cación a las audiciones musicales telefónicas, privadas en un principio, y públicas después, para que se pudiesen aprovechar de ellas muchos oyentes a un tiempo. Así es como después de haber transmitido la ópera desde Bruselas a Ostende, M. Van Rysselberghe estableció audiciones musicales públicas desde Bruselas a Amberes. Las audiciones musicales telefónicas entre el Wauxhall, en Bruselas y la Exposición de Amberes se inauguraron en 9 de julio.

Los trasmisores estaban dispuestos en dos columnitas del kiosko: la figura 3 representa una de ellas provista de cinco transmisores de carbono, es decir diez en totalidad; todos están montados en derivación; y enlázanse con un solo carrete de inducción proporcionado a los efectos que se han de producir. Una estación telefónica especial permite ponerse en comunicación con el empleado de la sala de las audiciones en Amberes: bastando dar vuelta a un conmutador para poner la línea en la transmisión de la música ó en el teléfono de servicio. La llamada se hace con la rueda fónica de Mr. Sieur. La línea está formada por dos hilos telegráficos que enlazan a Bruselas y Amberes, y la transmisión se hace en este último punto sin distraer los hilos de su servicio telegráfico, a una distancia de 45 kilómetros.

El número de aparatos receptores asciende a 70, lo cual permite a 35 personas oír a la vez: son teléfonos magnéticos ordinarios de Bell. Estos trasmisores se colocan en una gran sala preparada en el piso bajo del faro de la izquierda de la Exposición de Amberes; la sala de la derecha está reservada para las audiciones en alta voz por el sistema del Dr. Ochorowicz.

El buen éxito de las audiciones telefónicas es completo, y la gloria corresponde al inventor, así como a la Comisión de la Exposición que tomó la iniciativa; y a M. Moulton, que construyó é instaló los aparatos. Es la primera vez que se da el ejemplo de una audición telegráfica múltiple en líneas telegráficas de servicio a tan considerable distancia y con tan ercido número de oyentes.

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar a nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACIÓN EN PLENIA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCIÓN DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA.

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Gliptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON